

Néstor E. Rodríguez, *Escrituras de desencuentro en la República Dominicana*. México, Siglo XXI, 2005.

Escrituras de desencuentro en la República Dominicana, de Néstor E. Rodríguez, es un libro bien documentado en relación con la definición del sujeto dominicano desde el siglo XIX y las diversas reacciones de la literatura dominicana en su contra. Sin olvidar el ámbito caribeño, Rodríguez destaca el papel fundamental de Manuel de Jesús Galván y su novela *Enriquillo* (1882), “ficción fundacional” desde la perspectiva de Doris Sommer, en la formación de un sujeto nacional que aspira a erradicar la herencia negra y articular la visión de una esencia dominicana arraigada en lo hispánico y en lo taíno. Sin olvidar los orígenes del Estado dominicano, el imaginario de la intelectualidad a raíz de una “Reconquista” del criollo respecto de la invasión haitiana de 1821, y las aspiraciones del letrado en la época colonial, como lo destaca Ángel Rama en *La ciudad letrada*. Rodríguez analiza la influencia de la *intelligentia* dominicana en el siglo XX, específicamente en el período que va del “trujillato” hasta el presente, sobre todo los escritos de Manuel Arturo Peña Batlle, Max Henríquez Ureña, Emilio Rodríguez Demorizi y Joaquín Balaguer, en cuanto a la perpetuación y defensa de la visión de una dominicanidad española y taína, cuya influencia se deja sentir en el Santo Domingo del presente.

Al seguir los planteamientos de Hommi Bhabha (*The Location of Culture*), Rodríguez explica la pervivencia de esa “historia” nacional como producto de la “[...] ambivalencia temporal presente en el lenguaje articulador de la nación moderna [...]” (22). Si bien es Galván quien promueve en su novela la impostura discursiva del sujeto dominicano, la exclusión de lo negro y la fusión de lo hispánico y taíno ya se muestra en el poema “Anacaona” de Salomé Ureña (1880), en el cual la figura de Cristóbal Colón será de suma importancia como paradigma de lo español, cristiano y justo, y, por ende, modelo de lo dominicano. Esa vertiente se extiende en el siglo XX en la obra de Pedro Henríquez Ureña, *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* (1936), en su reclamo de los escritos de Colón como la primera manifestación de las letras nacionales dominicanas. Más aún, resulta relevante la apropiación del discurso de Henríquez Ureña en un texto de Joaquín Balaguer, titulado *Colón, precursor literario* (1958), aunque no se mencione el nombre del autor en ningún momento. De ese modo, para Rodríguez, Balaguer funciona como uno de los eslabones del lenguaje que comienza con Ureña y Galván y que se convierte en proyecto político de la dictadura trujillista.

Rodríguez analiza esta situación, en primer lugar, desde la perspectiva del archivo, como la plantea Jacques Derrida, como el espacio epistemológico que

precisa ser preservado por sus guardianes o “arcontes”, como puede notarse en el segundo capítulo y en relación con la ciudad trujillista. En segundo lugar, destaca los problemas de la ideología, —siguiendo los planteamientos de Louis Althusser en *Posiciones*—, y su relación con la impostura de la retórica hegemónica. Y en tercer lugar, filtra la teoría de lo nacional dominicano en relación con las propuestas de la retórica del saber monumentalista que Michel Foucault desarrolla en *La arqueología del saber*. Bajo el trujillato, Peña Batlle y Balaguer se convirtieron en los arcontes del trujillato como ideología y de la dominicanidad hegemónica.

En el capítulo segundo, Rodríguez analiza la ensayística de Manuel Arturo Peña Batlle, Emilio Rodríguez Demorizi y Joaquín Balaguer, los arcontes de la ciudad trujillista o legitimadores de ese programa político a partir de 1940. La dicotomía civilización y barbarie, que Sarmiento destacaba en *Facundo* (1845), se nota en los ensayos de Batlle, para quien Haití representa la barbarie, y Trujillo el mesianismo de corte romántico que muy bien puede notarse en “El que vendrá” y en *Ariel*, de Rodó: Trujillo es el fundador de la “tercera República”, después de las ya proclamadas de 1821 y 1844. Para Rodríguez, Batlle afirma lo que pretende negar, es decir: el carácter mestizo y heterogéneo de la nación dominicana. Resulta significativo el alcance del análisis de Rodríguez, pues va más allá del problema nacional, extendiéndose a las Antillas en los discursos de Antonio S. Pedreira en *Insularismo* (1934), específicamente en los planteamientos de la preeminencia de lo hispánico en la formación del sujeto nacional y el anhelo de diferenciar a la nación de lo foráneo, de Estados Unidos, como ya lo habían hecho Rodó en *Ariel* y José Vasconcelos en *La raza cósmica* (1925). También destaca la obra de Jorge Mañach, *La crisis de la alta cultura en Cuba* (1925). El discurso de la legitimación del imaginario dominicano tradicional y del proyecto trujillista se intensifica con la obra de Joaquín Balaguer, específicamente *La isla al revés: Haití y el destino dominicano* (1947), en la cual se afirma la amenaza del “peligro” que Haití representa para la conformación de una cultura y composición étnica hispana de lo dominicano. También cabe señalar la nostalgia de Manuel Núñez en relación con dicho proyecto en *El ocaso de la nación dominicana* (1990), donde observa cómo los “arcontes” han ido perdiendo el poder legitimador y el discurso de la Gran Narrativa de la nación se encuentra en decadencia.

En el capítulo tercero, Rodríguez se centra en el análisis de la crítica al *establishment* de la ciudad trujillista en *Trópico negro* (1942), de Manuel del Cabral, “Yelidá” (1942), de Tomás Hernández Franco, y *Una mujer está sola* (1955), de Aída Cartagena Portalatín. Si bien el capítulo destaca el estudio sociológico-histórico de los textos como reacciones contra la visión del sujeto dominicano tradicional, los análisis de Rodríguez exponen, también, un solvente aparato hermenéutico a partir de teóricos como Jacques Derrida, Gilles Deleuze

y Félix Guatari, Roger Bartra, Maurice Blanchot, Fredric Jameson y Virginia Woolf. De los textos escogidos, Rodríguez destaca la incomodidad con la “doxa cultural”, las “contra-narrativas” de la nación. Cada uno de los escritores desarrolla un corpus poético que contradice los presupuestos de la cultura y la identidad nacional, específicamente en relación con la defensa e incorporación de lo negro, como puede notarse en el ámbito antillano con Nicolás Guillén, Emilio Ballagas y Luis Palés Matos.

En el capítulo cuarto, Rodríguez se acerca a la literatura dominicana a partir de los años ochenta, específicamente en las obras narrativas de Aurora Arias (*Invi's Paradise*, de 1998, y *Fin de mundo y otros relatos*, de 2000), de Rita Indiana Hernández (*La estrategia de Chochueca*, de 2000) y en la poesía de Manuel Rueda, especialmente en *Las metamorfosis de Makandal*, de 1998, con el fin de indagar en la continuidad de la “ciudad trujillista” hasta el presente. En ellos encuentra un posicionamiento más contundente frente al *establishment*: “un acoso abierto y sistemático a ese anquilosado orden ideológico a través del tamiz estético posmoderno” (84). En la poesía de Rueda, Rodríguez destaca que el motivo que ya Alejo Carpentier había utilizado en *El reino de este mundo* (1949) tiene el fin de rescatar la mitología nacional haitiana, específicamente uno de sus mitos de fundación, con el propósito de problematizar la supuesta naturaleza homogénea de la identidad cultural dominicana. En el caso de las narraciones de Arias y Hernández, y sobre la base de las teorías acerca del espacio de la ciudad (Italo Calvino Henry Lefevre, entre otros), Rodríguez afirma que la narrativa dominicana más reciente escribe el espacio de la ciudad y sus complicaciones socioculturales como laboratorio en el cual existe la posibilidad de una utopía política surgida de la diversidad de subjetividades. Así, se desafía la inmutabilidad y lo monolítico de la estructura sociohistórica de la ciudad trujillista.

En el último capítulo del libro, “La nación trashumante”, Rodríguez se acerca a la producción literaria de la diáspora dominicana, escrita en inglés. Ataca contundentemente los textos, desde la perspectiva teórica de Julia Kristeva, Edward Said, Michel De Certeau, Roland Barthes, James Clifford y Jürgen Habermas, entre otros. En un texto como *El retorno de las yolas: ensayos sobre diáspora, democracia y dominicanidad* (1999), de Silvio Torres-Saillant, observa la desmitificación de la visión eurocéntrica de la cultura dominicana y el reconocimiento de la diáspora en la configuración de la nacionalidad. Rodríguez, también, destaca el diálogo de Torres-Saillant con la ensayística de José Martí (“Nuestra América”), Rodó (*Ariel*), Pedreira (*Insularismo*) y José Luis González (*El país de cuatro pisos*). De la misma forma, analiza en la novela *How the García Girls Lost Their Accents* (1991), de Julia Álvarez; y en otros textos como *Drown* (1996), de Junot Díaz; *Geographies of Home* (1999), de Loida Maritza Pérez; *Soledad* (2001), de Angie Cruz; y *Song of the Water Saints*

(2002), de Nellie Rosario; la creación de un espacio nacional imaginado en el cual se diluye el discurso del imaginario insular.

La visión amplia y profunda de los planteamientos de Néstor E. Rodríguez da al libro importancia internacional, y sus análisis en conjunto hacen de él un objeto de estudio indispensable para la comprensión de la literatura dominicana contemporánea.

Miguel Ángel Náter
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras